

## LA GITANILLA

PARECE QUE los gitanos y gitanas solamente nacieron en el mundo para ser ladrones: nacen de padres ladrones, críanse con ladrones, estudian para ladrones, y finalmente, salen con ser ladrones corrientes y molientes a todo ruedo, y la gana de hurtar y el hurtar son en ellos como accidentes inseparables que no se quitan sino con la muerte. Una pues, de esta nación, gitana vieja, que podía ser jubilada en la ciencia de Caco, crió una muchacha en nombre de nieta suya, a quien puso nombre Preciosa, y a quien enseñó todas sus gitanerías, y modos de embebecos, y trazas de hurtar. Salió la tal Preciosa, la más única bailadora que se hallaba en todo el gitanismo, y la más hermosa y discreta que pudiera hallarse, no entre los gitanos, sino entre cuantas hermosas y discretas pudiera pregonar la fama. Ni los soles, ni los aires, ni todas las inclemencias del cielo, a quien más que otras gentes están sujetos los gitanos, pudieron deslustrar su rostro ni curtir las manos, y lo que es más, que la crianza tosca en que se criaba no descubría en ella sino ser nacida de mayores prendas que de gitana, porque era en extremo cortés y bien razonada. Y con todo esto era algo desenvuelta, pero no de modo que descubriese algún género de deshonestidad; antes, con ser aguda, era tan honesta, que en su presencia no osaba alguna gitana, vieja ni moza, cantar cantares lascivos ni decir palabras no buenas, y finalmente la abuela conoció el tesoro que en la nieta tenía, y así determinó el águila vieja sacar a volar su aguilucho, y enseñarle a vivir por sus uñas.

Salió Preciosa rica de villancicos,

de coplas, seguidillas y zarabandas, y de otros versos, especialmente de romances, que los cantaba con especial donaire; porque su taimada abuela echó de ver que tales juguetes y gracias, en los pocos años en la mucha hermosura de su nieta habían de ser felicísimos atractivos e incentivos para acrecentar su capital; y así, se los procuró y buscó por todas las vías que pudo, y faltó poeta que se los diese; también hay poetas que se acomodan con gitanos, y les venden obras, como los hay para ciegos, que les fingan milagros y van a la parte de la ganancia. De todo hay en el mundo, y esto de la hambre tal que hace arrojar los ingenios a cosas que no están en el mapa.

Crióse Preciosa en diversas partes de Castilla, y a los quince años de su edad su abuela putativa la llevó a la Corte y a su antiguo rancho, es adonde ordinariamente le traían los gitanos, en los campos de San Bárbara, pensando en la Corte vender su mercadería, donde todo se compra y todo se vende. Y la primera entrada que hizo Preciosa en Madrid fue un día de Santa Ana, trona y abogada de la villa, con danza en que iban ocho gitanas, y un gitano, gran bailarín, con las guiaba; y aunque todas iban bien pías y bien aderezadas, el asistente Preciosa era tal que poco a poco enamorando los ojos de cuantos miraban. De entre el son del tamborín y castañetas y fuga del viento salió un rumor que encarecía la belleza y donaire de la Gitana, y corrían los muchachos a verla, y los hombres a mirarla; pero cuando oyeron cantar, por ser la

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

cantada, allí fue ello, allí sí que cobró aliento la fama de la Gitanilla, y de común consentimiento de los diputados de la fiesta, desde luego le señalaron el premio y joya de la mejor danza; y cuando llegaron a hacerla en la iglesia de Santa María delante de la imagen de Santa Ana, después de haber bailado todas, tomó Preciosa unas sonajas, al son de las cuales, dando en redondo largas y ligerísimas vueltas, cantó el romance siguiente:

Árbol preciosísimo,  
que tardó en dar fruto  
años que pudieron  
cubrirle de luto,

y hacer los deseos  
del consorte puros,  
contra su esperanza  
no muy bien seguros:

de cuyo tardarse  
nació aquel disgusto  
que lanzó del templo  
al varón más justo:

santa tierra estéril,  
que al cabo produjo  
toda la abundancia  
que sustenta el mundo;

casa de moneda  
do se forjó el cuño  
que dio Dios la forma,  
que como hombre tuvo;

madre de una hija,  
en quien quiso y pudo  
mostrar Dios grandezas  
sobre humano curso.

Por vos y por ella  
sois, Ana, el refugio,  
do van por remedio  
nuestros infortunios.

En cierta manera  
tenéis, no lo dudo,  
sobre el nieto imperio  
piadoso y justo.

A ser comunera  
del alcázar sumo,  
fueran mil parientes  
con voz de consuno.

¡Qué hija, y qué nieto,  
y qué yerno! Al punto  
a ser causa justa,  
cantárades triunfos.

Pero vos humildes  
fuisteis el estudio,  
donde vuestra hija  
hizo humildes cursos.

Y ahora a su lado  
a Dios el más junto  
gozáis de la alteza  
que apenas barrunto.

El cantar de Preciosa fue para admirar a cuantos la escuchaban. Unos decían: «¡Dios te bendiga la muchacha!» Otros: «¡Lástima es que esta mozuela sea gitana! En verdad, en verdad que merecía ser hija de un gran señor». Otros había más groseros, que decían: «¡Dejen crecer a la rapaza, que ella hará de las suyas! ¡A fe que se va añudando en ella gentil red barredera para pescar más corazones!» Otro más humano, más basto y más modorro, viéndola andar tan ligera en el baile, le dijo: «¡A ello, hija; a ello! ¡Andad, amores, y pisad el polvito a tan menudito!»

Y ella respondió, sin dejar el baile: — ¡Y pisárelo yo a tan menudito!

Acabáronse las vísperas y la fiesta de Santa Ana, y quedó Preciosa algo cansada. Pero tan celebrada de hermosa, de aguda y de discreta y bailadora, que a Corrillos se hablaba de ella en toda la Corte.

De allí a quince días volvió a Madrid con otras tres muchachas, con sonajas y con un baile nuevo, todas apercebidas de romances, y de cantarcillos alegres, pero todos honestos; que no consentía Preciosa que las que fuesen en su compañía cantasen cantares descompuestos, ni ella los cantó jamás, y muchos miraron en ello, y la tuvieron en mucho.

Nunca se apartaba de ella la gitana vieja, hecha su Argos, temerosa no se la despabilasen y traspusiesen. Lamábala nieta, y ella la tenía por abuela.

Pusiéronse a bailar a la sombra en la calle de Toledo, y de los que las venían siguiendo se hizo luego un gran corro. Y en tanto que bailaban, la vieja pedía limosna a los circunstantes, y llovían en ella ochavos y cuartos como piedras a tablado. Que también la hermosura tiene fuerza de despertar la caridad dormida.

Acabado el baile, dijo Preciosa:  
—Si me dan cuatro cuartos, les cantaré un romance yo sola, lindísimo en extremo, que trata de cuando la reina Nuestra Señora Margarita salió a misa de parida en Valladolid y fue a San Llorente. Dígoles que es famoso, y compuesto por un poeta de los del número, como capitán de batallón.

Apenas hubo dicho esto, cuando casi todos los que en la rueda estaban dijeron a voces:

—Cántale, Preciosa, y ves aquí mis cuatro cuartos.

Y así granizaron sobre ella cuartos, que la vieja no se daba manos a recogerlos. Hecho, pues, su agosto, y su vendimia, repicó Preciosa sus sonajas, y al tono correntío y loquesco cantó el siguiente romance:

Salió a misa de parida  
la mayor reina de Europa,  
en el valor y en el nombre  
rica y admirable joya.

Como los ojos se lleva,  
se lleva las almas todas  
de cuantos miran y admiran  
su devoción y su pompa.

Y para mostrar que es parte  
del cielo en la Tierra toda,  
a un lado lleva el sol de Austria,  
al otro la tierna aurora.

A sus espaldas la sigue  
un lucero que a deshora  
salió la noche del día  
que el cielo y la Tierra lloran.

Y si en el cielo hay estrellas  
que lucientes carros forman,  
en otros carros su cielo  
vivas estrellas adornan.

Aquí el anciano Saturno  
la barba pule y remoja,  
y aunque tardo, va ligero;  
que el placer cura la gota.

El dios parlero va en lenguas  
lisonjeras y amorosas,  
y Cupido en cifras varias,  
que rubíes y perlas bordan.

Allí va el furioso Marte  
en la persona curiosa  
de más de un gallardo joven  
que de su sombra se asombra.

Junto a la casa del sol  
va Júpiter; que no hay cosa  
difícil a la privanza  
fundada en prudentes obras.

Va la luna en las mejillas  
de una y otra humana diosa,  
Venus casta en la belleza  
de las que este cielo forman.

Pequeñuelos Ganimedes  
cruzan, van, vuelven y tornan  
por el cinto tachonado  
de esta esfera milagrosa.

Y para que todo admire  
y todo asombre, no hay cosa  
que de liberal no pase  
hasta el extremo de pródiga.

Milán con sus ricas telas  
allí va en vista curiosa,  
las Indias con sus diamantes,  
y Arabia con sus aromas.

Con los mal intencionados  
va la envidia mordedora,  
y la bondad en los pechos  
de la lealtad española.

La alegría universal  
huyendo de la congoja,  
calles y plazas discurre,  
descompuesta y casi loca.

A mil mudas bendiciones  
abre el silencio la boca,  
y repiten los muchachos  
lo que los hombres entonan.

Cuál dice: —Fecunda vid,  
crece, sube, abraza y toca  
el olmo felice tuyo,  
que mil siglos te haga sombra,

para gloria de ti misma,  
para bien de España y honra,  
para arrimo de la Iglesia,  
para asombro de Mahoma.

Otra lengua clama y dice:  
—Vivas, oh blanca paloma,  
que nos has de dar por crías  
águilas de dos coronas,

para ahuyentar de los aires,  
las de rapiña furiosas,  
para cubrir con sus alas  
a las virtudes medrosas.

Otra más discreta y grave,  
más aguda y más curiosa  
dice, vertiendo alegría  
por los ojos y la boca:

—Esta perla que nos diste,  
nácar de Austria, única y sola,  
¡qué de máquinas que rompe!  
¡Qué de designios que corta!

¡Qué de esperanzas que infunde!  
¡Qué de deseos malogra!  
¡Qué de temores aumenta!  
¡Qué de preñados aborta!

En esto se llegó al templo  
del fénix santo que en Roma  
fue abrasado, y quedó vivo  
en la fama y en la gloria.

A la imagen de la vida,

a la del cielo Señora,  
a la que por ser humilde,  
las estrellas pisa ahora;

a la Madre y Virgen junto,  
a la Hija y a la Esposa  
de Dios, hincada de hinojos,  
Margarita así razona:

—Lo que me has dado te doy,  
mano siempre dadivosa;  
que a do falta el favor tuyo  
siempre la miseria sobra.

Las primicias de mis frutos  
te ofrezco, Virgen hermosa:  
tales cuales son las mira,  
recibe, ampara y mejora.

A su padre te encomiendo;  
que humano Atlante se encorva  
al peso de tantos reinos  
y de climas tan remotas.

Sé que el corazón del rey  
en las manos de Dios mora,  
y sé que puedes con Dios  
cuanto quieres piadosa.—

Acabada esta oración,  
otra semejante entonan  
himnos y voces que muestran  
que está en el suelo la gloria.

Acabados los oficios,  
con reales ceremonias  
volvió a su punto este cielo  
y esfera maravillosa.

Apenas acabó Preciosa su romance, cuando del ilustre auditorio y grave senado que la oía, de muchas se formó una voz sola que dijo:

—Torna a cantar, Preciosica, que no faltarán cuartos como tierra.

Más de doscientas personas estaban mirando el baile y escuchando el canto de las gitanas, y en la fuga de él acertó a pasar por allí uno de los tenientes de la villa, y viendo tanta gente junta, preguntó qué era, y fuéle respondido que estaban escuchando a la gitanilla hermosa que cantaba.

Llegóse el teniente, que era curioso, y escuchó un rato, y por no ir contra su gravedad, no escuchó el romance hasta el fin. Y habiéndole parecido por todo extremo bien la Gitanilla, mandó a un paje suyo dijese a la gitana vieja que al anochecer fuese a su casa con las gitanillas; que quería que las oyese doña Clara su mujer. Hizolo así el paje, y la vieja dijo que sí iría.

Acabaron el baile y el canto, y mudaron lugar. Y en esto llegó un paje muy bien aderezado a Preciosa, y dándole un papel doblado, le dijo:

—Preciosica, canta el romance que aquí va, porque es muy bueno, y yo te daré otros de cuando en cuando, con que cobres fama de la mejor romancera del mundo.

—Eso aprenderé yo de muy buena gana —respondió Preciosa—. Y mire, señor, que no me deje de dar los romances que dice, con tal condición, que sean honestos; y si quiere que se los pague, concertémonos por docenas, y docena cantada docena pagada; porque pensar que le tengo de pagar adelantado, es pensar lo imposible.

—Para papel siquiera que me dé la señora Preciosa —dijo el paje—, estaré contento. Y más, que el romance que no saliere bueno y honesto no ha de entrar en cuenta.

—A la mía quede el escogerlos —respondió Preciosa.

Y con esto se fueron la calle adelante, y desde una reja llamaron unos catalleros a las gitanas.

Asomóse Preciosa a la reja, que era baja, y vio en una sala muy bien aderezada y muy fresca muchos caballeros que, unos paseándose y otros jugando a diversos juegos, se entretenían.

—¿Quiérenme dar barato, señores? —dijo Preciosa, que, como gitana, hablaba ceceoso, y esto es artificio en ellas, que no naturaleza.

A la voz de Preciosa, y a su rostro, dejaron los que jugaban el juego, y el paseo los paseantes, y los unos y los otros acudieron a la reja por verla, que ya tenían noticia de ella, y dijeron:

—Entren, entren las gitanillas, que aquí les daremos barato.

—Caro sería ello —respondió Preciosa—, si nos pellizcasen.

—No, a fe de caballeros —respondió uno—; bien puedes entrar, niña, segura que nadie te tocará a la vira de tu zapato; no, por el hábito que traigo en el pecho.

Y púsose la mano sobre uno de Calatrava.

—Si tú quieres entrar, Preciosa —dijo una de las tres gitanillas que iban con ella—, entra enhorabuena, que yo no entraré adonde hay tantos hombres.

—Mira, Cristina —respondió Preciosa—, de lo que te has de guardar es de un hombre solo y a solas, y no de tantos juntos; porque antes el ser muchos quita el miedo y el recelo de ser ofendidas. Advierte, Cristina, y está cierta de una cosa: que la mujer que se determina a ser honrada, entre un ejército de soldados lo puede ser. Verdad es que es bueno huir de las ocasiones; pero han de ser de las secretas y no de las públicas.

—Entremos, Preciosa —dijo Cristina—, que tú sabes más que un sabio.

Animólas la gitana vieja, y entraron. Y apenas hubo entrado Preciosa, cuando el caballero del hábito vio el papel que traía en el seno, y llegándose a ella, se lo tomó, y dijo Preciosa:

—Y no me lo tome, señor, que es un romance que me acaban de dar ahora, que aún no le he leído.

—Y ¿sabes tú leer, hija? —dijo uno.

—Y escribir —respondió la vieja—, que a mi nieta la he criado yo como si fuera hija de un letrado.

Abrió el caballero el papel, y vio que venía dentro de él un escudo de oro, y dijo:

—En verdad, Preciosa, que trae esta carta el porte dentro. Toma este escudo que en el romance viene.

—Basta —dijo Preciosa—, que me ha tratado de pobre el poeta. Pues cierto que es más milagro darme a mí un poeta un escudo que yo recibirle. Si con esta añadidura han de venir sus romances, traslade todo el «Romancero general», y envíemelos uno a uno, que yo les tentaré el pulso, y si viniere duros, seré yo blanda en recibirlos.

Admirados quedaron los que oían

a la gitanica, así de su discreción como del donaire con que hablaba.

—Lea, señor —dijo ella—, en alto. Veremos si es tan discreto poeta, como es liberal.

Y el caballero leyó así:

Gitanica, que de hermosa te pueden dar parabienes, por lo que de piedra tienes te llama el mundo Preciosa.

De esta verdad me aseguro esto, como en ti verás; que no se apartan jamás la esquivéz y la hermosura.

Si como en valor subido, vas creciendo en arrogancia no le arriendo la ganancia a la edad en que has nacido.

Que un basilisco se cría en ti que mata mirando, y un imperio que, aunque blanco nos parezca tiranía.

Entre pobres y aduarez ¿cómo nació tal belleza? ¿o cómo crió tal pieza el humilde Manzanarez?

Por esto será famoso al par del Tajo dorado y por Preciosa preciado más que el Ganges caudaloso.

Dices la buena ventura, y dasla mala continuo; que no van por un camino tu intención y tu hermosura.

Porque en el peligro fuerte de mirarte o contemplarte, tu intención va a desculparte, y tu hermosura a dar muerte.

Dicen que son hechiceras todas las de tu nación; pero tus hechizos son de más fuerzas y más veras:

pues por llevar los despojos de todos cuantos te ven, haces, ¡oh niña!, que estén los hechizos en tus ojos.

En sus fuerzas te declaritas, pues bailando nos admiras, y nos matas, si nos miras, y nos encantas, si cantas.

De cien mil modos hechizas, hables, calles, cantes, mires, o te acerques, o retires, el fuego de amor atizas.

Sobre el más exento pecho tienes mando y señorío, de lo que es testigo el mío, de tu imperio satisfecho.

Preciosa joya de amor, esto humildemente escribe

el que por ti muere y vive pobre, aunque humilde amador.

—En pobre acaba el último verso —dijo a esta sazón Preciosa—. ¡Mala señal! Nunca los enamorados han de decir que son pobres, porque a los principios, a mi parecer, la pobreza es muy enemiga del amor.

—¿Quién te enseña eso, rapaza? —dijo uno.

—¿Quién me lo ha de enseñar? —respondió Preciosa—. ¿No tengo yo mi alma en mi cuerpo? ¿No tengo ya quince años? Y no soy manca, ni ronca, ni estropeada del entendimiento. Los ingenios de las gitanas van por otro norte que los de las demás gentes. Siempre se adelantan a sus años. No hay gitano necio, ni gitana lerda. Que como el sustentar su vida consiste en ser agudos, astutos y embusteros, despabilan el ingenio a cada paso, y no dejan que críe moho en ninguna manera. ¿Ven estas muchachas mis compañeras, que están callando, y parecen bobas? Pues éntrenles el dedo en la boca y tíenténlas las cordales, y verán lo que verán. No hay muchacha de doce, que no sepa lo que de veinticinco, porque tienen por maestros y preceptores al diablo y al uso, que les enseña en una hora lo que habían de aprender en un año.

Con esto que la Gitanilla decía, tenía suspensos a los oyentes, y los que jugaban le dieron barato, y aun los que no jugaban. Cogió la hucha de la vieja treinta reales, y más rica y más alegre que una Pascua de Flores, antecogió sus corderas y fuese en casa del señor teniente, quedando que otro día volvería con su manada a dar contento a aquellos tan liberales señores.

Ya tenía aviso la señora doña Clara, mujer del señor teniente, cómo habían de ir a su casa las gitanillas, y estábanlas esperando como el agua de mayo ella y sus doncellas y dueñas, con las de otra señora vecina suya, que todas se juntaron para ver a Preciosa.

Y apenas hubieron entrado las gitanas, cuando entre las demás resplandeció Preciosa como la luz de una antorcha entre otras luces menores. Y así corrieron todas a ella: unas la abrazaban, otras la miraban, éstas la bendecían, aquéllas la alababan.

Doña Clara decía:

—¡Este sí que se puede decir caballo de oro! ¡Éstos sí que son ojos de esmeraldas!

La señora su vecina la desmenuzaba toda, y hacía pepitoria de todos sus miembros y coyunturas. Y llegando a alabar un pequeño hoyo que Preciosa tenía en la barba, dijo:

—¡Ay, qué hoyo! En este hoyo han de tropezar cuantos ojos le miraren.

Oyó esto un escudero de brazo de la señora doña Clara, que allí estaba, de luenga barba y largos años, y dijo:

—¿Ése llama vuesa merced hoyo, señora mía? ¡Pues yo sé poco de hoyos, o ése no es hoyo, sino sepultura de deseos vivos! ¡Por Dios! ¡Tan linda es la Gitanilla, que hecha de plata o de alcorza no podría ser mejor! ¿Sabes decir la buena ventura, niña?

—De tres o cuatro maneras —respondió Preciosa.

—Y ¿eso más? —dijo doña Clara—. Por vida del teniente mi señor, que me la has de decir, niña de oro, y niña de plata, y niña de perlas, y niña de carbuncos, y niña del cielo, que es lo más que puedo decir.

—Denle, denle la palma de la mano a la niña, y con qué haga la cruz —dijo la vieja—, y verán qué de cosas les dice. Que sabe más que un doctor de melecina.

Echó mano a la faltriquera la señora teniente, y halló que no tenía blanca. Pidió un cuarto a sus criadas, y ninguna le tuvo, ni la señora vecina tampoco.

Lo cual, visto por Preciosa, dijo:

—Todas las cruces en cuanto cruces son buenas. pero las de pla-

ta o de oro son mejores. Y el señalar la cruz en la palma de la mano con moneda de cobre, sepan vuesas mercedes que menoscaba la buena-ventura, a lo menos la mía; y así tengo afición a hacer la cruz primera con algún escudo de oro, o con algún real de a ocho, o por lo menos de a cuatro. Que soy como los sacristanes: que, cuando hay buena ofrenda, se regocijan.

—Donaire tienes, niña, por tu vida —dijo la señora vecina.

Y volviéndose al escudero le dijo: —Vos, señor Contreras, ¿tendréis a mano algún real de a cuatro? Dádmelo, que en viniendo el doctor mi marido os le volveré.

—Sí tengo —respondió Contreras—; pero téngole empeñado en veintidós maravedíes que cené anoche. Démelos; que yo iré por él en volandas.

—No tenemos entre todas un cuarto —dijo doña Clara—, ¿y pedís veintidós maravedíes? Andad, Contreras, que siempre fuistes impertinente.

Una doncella de las presentes, viendo la esterilidad de la casa, dijo a Preciosa:

—Niña, ¿hará algo al caso que se haga la cruz con un dedal de plata?

—Antes —respondió Preciosa— se hacen las cruces mejores del mundo con dedales de plata, como sean muchos.

—Uno tengo yo —replicó la doncella—; si éste basta, hele aquí, con condición que también se me ha de decir a mí la buena-ventura.

—¡Por un dedal tantas buena-venturas! —dijo la gitana vieja—. Nieta, acaba presto; que se hace noche.

Tomó Preciosa el dedal, y la mano de la señora teniente, y dijo:

Hermosita, hermosa,  
la de las manos de plata,  
más te quiere tu marido  
que al rey de las Alpujarras.  
Eres paloma sin hiel;  
pero a veces eres brava

como leona de Orán,  
o como tigre de Ocaña.  
Pero en un tras, en un tris,  
el enojo se te pasa,  
y quedas como alfeñique,  
o como cordera mansa.

Riñes mucho, y comes poco;  
algo celosita andas;  
que es juguetón el teniente,  
y quiere arrimar la vara.

Cuando doncella te quiso,  
uno de una buena cara;  
que mal hayan los terceros,  
que los gustos desbaratan.

Si a dicha tú fueras monja,  
hoy tu convento mandarás,  
porque tienes de abadesa  
más de cuatrocientas rayas.

No te lo quiero decir;  
pero poco importa; vaya:  
enviudarás, y otra vez,  
y otras dos, serás casada.

No llores, señora mía,  
que no siempre las gitanas  
decimos el Evangelio;  
no llores, señora; acaba.

Como te mueras primero  
que el señor teniente, basta  
para remediar el daño  
de la viudez que amenaza.

Has de heredar, y muy presto,  
hacienda en mucha abundancia;  
tendrás un hijo canónigo;  
la Iglesia no se señala.

De Toledo no es posible.  
Una hija rubia y blanca  
tendrás que si es religiosa,  
también vendrá a ser prelada.

Si tu esposo no se muere  
dentro de cuatro semanas,  
verásle corregidor  
de Burgos o Salamanca.

Un lunar tienes: ¡qué lindo!  
¡Ay, Jesús, qué luna clara!  
¡Qué sol, que allá en los antipodas  
oscuros valles aclara!

Más de dos ciegos por verle  
dieran más de cuatro blancas.  
Ahora sí es la risica...

Ay, ¡que bien haya esa gracia!  
Guárdate de las caídas,  
principalmente de espaldas;  
que suelen ser peligrosas  
en las principales damas.

Cosas hay más que decirte.  
Si para el viernes me aguardas,  
las oírás; que son de gusto,  
y algunas hay de desgracias.

Aeabó su buena-ventura Preciosa  
y con ella encendió el deseo de

das las circunstancias en querer saber la suya, y así se lo rogaron todas; pero ella las remitió para el viernes venidero, prometiéndoles que tendrían reales de plata para hacer las cruces.

En esto vino el señor teniente, a quien contaron maravillas de la Gitanilla. Él las hizo bailar un poco, y confirmó por verdaderas y bien dadas las alabanzas que a Preciosa habían dado; y poniendo la mano en la faltriquera, hizo señal de querer darle algo; y habiéndola espulgado y sacudido, y rascado muchas veces, al cabo sacó la mano vacía, y dijo:

—¡Por Dios que no tengo blanca! Dadle vos, doña Clara, un real a Preciosa, que yo os le daré después.

—¡Bueno es eso, señor, por cierto! Sí, ahí está el real de manifiesto. No hemos tenido entre todas nosotras un cuarto para hacer la señal de la cruz, ¿y quiere que tengamos un real?

—Pues dadle alguna valoncica vuestra, o alguna cosita, que otro día nos volverá a ver Preciosa, y la regalaremos mejor.

A lo cual dijo doña Clara:

—Pues porque otra vez venga, no quiero dar nada ahora a Preciosa.

—Antes si no me dan nada —dijo Preciosa—, nunca más volveré acá. Mas, sí, volveré a servir a tan principales señores; pero traeré tragado que no me han de dar nada, y ahorraréme la fatiga del esperarlo. Coheche vuesas mercedes, señor teniente; coheche y tendrá dineros, y no haga usos nuevos, que morirá de hambre. Mire, señora: por ahí he oído decir (y aunque moza, entiendo que no son buenos dichos) que de los oficios se ha de sacar dinero para pagar las condenaciones de las residencias y para pretender otros cargos.

—Así lo dicen y lo hacen los desalmados —replicó el teniente—; pero el juez que da buena residencia, no tendrá que pagar condena-

ción alguna, y el haber usado bien su oficio, será el valedor para que le den otro.

—Habla vuesas mercedes muy a lo santo, señor teniente —respondió Preciosa—; ándese a eso y cortarémole de los harapos para reliquias.

—Mucho sabes, Preciosa —dijo el teniente—. Calla, que yo daré traza que Sus Majestades te vean, porque eres pieza de reyes.

—Querránme para truhana —respondió Preciosa—, y yo no lo sabré ser, y todo irá perdido. Si me quisiesen para discreta, aún me llevarían; pero en algunos palacios más medran los truhanes que los discretos. Yo me hallo bien con ser gitana y pobre, y corra la suerte por donde el cielo quisiere.

—Ea, niña —dijo la gitana vieja—, no hables más, que has hablado mucho, y sabes más de lo que yo te he enseñado. No te asotiles tanto, que te despuntarás. Habla de aquello que tus años permiten y no te metas en altanerías; que no hay ninguna que no amenace caída.

—El diablo tienen estas gitanas en el cuerpo —dijo a esta sazón el teniente.

Despidiéronse las gitanas, y al irse dijo la doncella del dedal:

—Preciosa, dime la buena-ventura, o vuélveme mi dedal; que no me queda con qué hacer labor.

—Señora doncella —respondió Preciosa—, haga cuenta que se la he dicho, y provéase de otro dedal, o no haga vainillas hasta el viernes, que yo volveré y le diré más venturas y aventuras que las que tiene un libro de caballerías.

Fuéronse, y juntáronse con las muchas labradoras que a la hora de las Avemarías suelen salir de Madrid para volverse a sus aldeas, y entre otras vuelven muchas, con quien siempre se acompañaban las gitanas, y volvían seguras. Porque la gitana vieja vivía en continuo temor no le salteasen a su Preciosa.

Sucedió, pues, que la mañana de un día que volvían a Madrid a coger

la garrama con las demás gitanillas, en un valle pequeño que está obra de quinientos pasos antes que se llegue a la villa, vieron un mancebo gallardo y ricamente aderezado de camino. La espada y daga que traía eran, como decir se suele, una ascua de oro; sombrero con rico cintillo y con plumas de diversos colores adornado. Repararon las gitanas en viéndole, y pusieronle a mirar muy despacio, admiradas de que a tales horas un tan hermoso mancebo estuviese en tal lugar, a pie y solo. Él se llegó a ellas y hablando con la gitana mayor, le dijo:

—Por vida vuestra, amiga, que me hagáis placer que vos y Preciosa me oyáis aquí aparte dos palabras, que serán de vuestro provecho.

—Como no nos desviemos mucho, ni nos tardemos mucho, sea en buena hora —respondió la vieja.

Y llamando a Preciosa, se desviaron de las otras obra de veinte pasos, y así en pie como estaban, el mancebo les dijo:

—Yo vengo de manera rendido a la discreción y belleza de Preciosa, que después de haberme hecho mucha fuerza para excusar llegar a este punto, al cabo he quedado más rendido y más imposibilitado de excusarlo. Yo, señoras mías —que siempre os he de dar este nombre, si el cielo mi pretensión favorece—, soy caballero, como lo puede mostrar este hábito —y apartando el herreruelo, descubrió en el pecho uno de los más calificados que hay en España—. Soy hijo de fulano —que por buenos respetos aquí no se declara su nombre—. Estoy debajo de su tutela y amparo. Soy hijo único, y el que espera un razonable mayorazgo. Mi padre está aquí en la Corte pretendiendo un cargo, y ya está consultado, y tiene casi ciertas esperanzas de salir con él. Y con ser de la calidad y nobleza que os he referido, y de la que casi se os debe ya de ir trasluciendo, con todo eso, quisiera ser un gran señor para levantar a mi grandeza la humildad

de Preciosa, haciéndola mi igual a mi señora. Yo no la pretendo burlarla, ni en las veras del amor que la tengo puede caber género de burla alguna. Sólo quiero servir del modo que ella más gustare: voluntad es la mía. Para con ella es de cera mi alma, donde puedo imprimir lo que quisiere, y para conservarlo y guardarlo no será como impreso en cera, sino como esculpido en mármoles, cuya dureza se opone a la duración de los tiempos. Si creéis esta verdad, no admitiré ningún desmayo mi esperanza; pero si no me creéis, siempre me tendré temeroso vuestra duda. Mi nombre es éste —y dijose—. El de mi padre ya os le he dicho. La casa donde vive es en tal calle, y tales y tales señas; vecinos tiene a quien podréis informaros, y aun los que no son vecinos también, que no es tan oscura la calidad y nombre de mi padre y el mío, que no le sepan en los patios de Palacio y aun en toda la Corte. Cien escudos traigo aquí en oro para darme en arras y señal de lo que puedo daros; porque no ha de negar la hacienda el que da el alma.

En tanto que el caballero estaba así, le estaba mirando Preciosa atentamente, y sin duda que no le hubieron de parecer mal ni sus razones ni su talle; y volviéndose a la vieja, dijo:

—Perdóneme, abuela, de que tome licencia para responder a un tan enamorado señor.

—Responde lo que quisieres, —respondió la vieja—, que sé que tienes discreción para todo. Y Preciosa dijo:

—Yo, señor caballero, aunque soy gitana, pobre y humildemente nacida, tengo un cierto espirítulo mágico acá dentro, que a grandes cosas me lleva. A mí, ni me hacen promesas, ni me desmoronan dadas, ni me inclinan sumisiones, ni me espantan finezas enamoradas, y aunque de quince años —que según la cuenta de mi abuela, p

este San Miguel los haré—, soy ya vieja en los pensamientos y alcanzo más de aquello que mi edad promete, más por mi buen natural que por la experiencia. Pero con lo uno o con lo otro sé que las pasiones amorosas en los recién enamorados son como ímpetus indiscretos que hacen salir a la voluntad de sus quicios, la cual, atropellando inconvenientes, desatinadamente se arroja tras su deseo, y pensando dar con la gloria de sus ojos, da con el infierno de sus pesadumbres. Si alcanza lo que desea, mengua el deseo con la posesión de la cosa deseada, y quizá abriéndose entonces los ojos del entendimiento, se ve ser bien que se aborrezca lo que antes se adoraba. Este temor engendra en mí un recato tal, que ningunas palabras creo y de muchas obras dudo. Una sola joya tengo, que la estimo en más que a la vida, que es la de mi entereza y virginidad, y no la tengo de vender a precio de promesas ni dadas, porque, en fin, será vendida; y si puede ser comprada, será de muy poca estima: ni me la han de llevar trazas ni embellecos; antes pienso irme con ella a la sepultura, y quizá al cielo, que ponerla en peligro que quimeras y fantasías soñadas la embistan o manoseen. Flor es la de la virginidad que, a ser posible, aun con la imaginación no había de dejar ofenderse. Cortada la rosa del rosal, ¡con qué brevedad y facilidad se marchita! Éste la toca, aquél la huele, el otro la deshoja, y, finalmente, entre las manos rústicas se deshace. Si vos, señor, por sola esta prenda venís, no la habéis de llevar sino atada con las ligaduras y lazos del matrimonio. Que si la virginidad se ha de inclinar, ha de ser a este santo yugo; que entonces no sería perderla, sino emplearla en ferias que felices ganancias prometen. Si quisierdes ser mi esposo, yo lo seré vuestra; pero han de preceder muchas condiciones y averiguaciones primero. Primero tengo de saber si sois

el que decís. Luego, hallando esta verdad, habéis de dejar la casa de vuestros padres y la habéis de trocar con nuestros ranchos, y tomando el traje de gitano, habéis de cursar dos años en nuestras escuelas, en el cual tiempo me satisfaré yo de vuestra condición y vos de la mía; al cabo del cual, si vos os contentáredes de mí, y yo de vos, me entregaré por vuestra esposa; pero hasta entonces tengo que ser vuestra hermana en el trato y vuestra humilde en serviros. Y habéis de considerar que en el tiempo de este noviciado podría ser que cobráredes la vista, que ahora debéis de tener perdida, o, por lo menos, turbada, y viédeses que os convenía huir de lo que ahora seguís con tanto ahinco; y cobrando la libertad perdida, con un buen arrepentimiento se perdona cualquier culpa. Si, con estas condiciones queréis entrar a ser soldado de nuestra milicia, en vuestra mano está, pues faltando alguna de ellas no habéis de tocar un dedo de la mía.

Pasmóse el mozo a las razones de Preciosa, y púsose como embelesado, mirando al suelo, dando muestras que consideraba lo que responder debía.

Viendo lo cual Preciosa, tornó a decirle:

—No es este caso de tan poco momento, que en los que aquí nos ofrece el tiempo pueda ni deba resolverse. Volveos, señor, a la villa, y considerad despacio lo que viéredes que más os convenga, y en este mismo lugar me podéis hablar todas las fiestas que quisierdes, al ir o venir de Madrid.

A lo cual respondió el gentil hombre:

—Cuando el cielo me dispuso para quererte, Preciosa mía, determiné de hacer por ti cuanto tu voluntad acertase a pedirme, aunque nunca cupo en mi pensamiento que me habías de pedir lo que me pides; pero, pues es tu gusto que el mío al tuyo se ajuste y acomode, cuénta-